



Margarita Gascón<sup>(\*)</sup>

## HISTORIA Y AMBIENTE

(*HISTORY AND ENVIRONMENT*)

### Resumen

El siguiente es un aporte reflexivo sobre la producción anglófona en el campo de la Historia ambiental. La Historia ambiental surgió en la década de los sesenta en las universidades y en publicaciones estadounidenses. Desde allí, se extendió al resto del mundo como una práctica que, además de interesar a los círculos científicos, satisface las demandas de una sociedad cada vez más involucrada en los debates ambientales. El presente análisis recorre los principales temas y autores que se relacionan con la dupla de Historia y Naturaleza y brinda así un panorama crítico de la producción en inglés sobre la Historia ambiental.

**Palabras clave:** Historia ambiental, crítica historiográfica, bibliografía anglófona ambiental.

### Abstract

This article is a critical approach to the most important Anglophone works and authors on Environmental History in the United States. The field has been growing in importance since the 1960s, when it started in the American universities and scholarly journals. From the States, the Environmental History has been adopted as a fruitful field of research worldwide, in part because it also satisfies the demand of a society increasingly interested in many environmental issues. The article points out to the major themes and authors concerning History and Nature, and by so doing, the article aims to provide with a critical account of the works on Environmental History written in English.

**Keywords:** Environmental history, historiographic critics, anglophone environmental references.

---

(\*) Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Centro Regional de Investigaciones, Consejo Nacional de Investigaciones: INCIHUSA, CRICYT, CONICET. gascon@lab.cricyt.edu.ar. Tel (54 261) 4524 4321 Fax (54261) 524 4001. Profesora y licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza, Argentina. Master y Doctora en Historia por la University of Ottawa (Canadá). Investigadora del CONICET en el Centro Regional de Investigaciones -CRICYT Mendoza. Docente de cursos de grado y de posgrado en Mendoza; investigadora visitante y conferenciante en la John Carter Brown, Newberry de Chicago, Harvard, Carolina del Norte en Chapel Hill, Norte de Colorado y Texas en Austin como investigadora visitante de la Fulbright. En 2007 recibió la Archibald Hanna jr Fellowship en Historia Americana de la Universidad de Yale. Ha publicado sobre historia, desastres naturales y ambiente en revistas especializadas de Argentina, Perú, Colombia, India, El Salvador, España y Estados Unidos.



Los temas de ecología y ambiente han dejado de ser de exclusivo interés de los investigadores relacionados con la Biología o con ciencias tales como la Geografía. La temática ambiental, en efecto, ha rebasado la preocupación de los círculos científicos y hoy forma parte de los debates políticos, culturales y de administración pública. Esto es el resultado de una conciencia general de que el ambiente nos afecta a todos, que no es un elemento de confort estético –algo muy explotado en la idealización turística del paisaje-, sino que es un recurso indispensable para la producción primaria y la economía, y sobre todo, para la salud y la calidad de vida.

Los estudios históricos han aportado ejemplos sobre esta importancia de la naturaleza y sobre la relación entre las sociedades con sus entornos, mostrando cómo las civilizaciones se han nutrido de sus recursos naturales y también, a veces, han colapsado cuando sus ambientes se deterioraron sin punto de retorno. Por esto mismo, la Historia ha puesto en evidencia que el funcionamiento de la naturaleza ha tenido variadas interpretaciones, algunas de ellas profundamente erróneas.

El siguiente trabajo recorre textos y autores que ilustran los principales enfoques y tendencias en los estudios sobre las relaciones entre Historia y naturaleza. No se trata de un recuento exhaustivo de la producción historiográfica en lengua inglesa y tampoco se exploran los escritos en español. El aporte consiste en una síntesis crítica que permite a quienes no manejen la bibliografía en inglés tener un acercamiento a los principales autores y a sus perspectivas.

## La mirada histórica de la naturaleza

Comencemos con una pregunta muy general: ¿qué aporta a nuestra comprensión

del pasado el estudio de los aspectos ambientales que hacen posible la vida de los seres humanos? La respuesta es, intuitivamente, que debe ser mucho, ya que nadie negaría la importancia de la naturaleza como sostén de la vida a partir del aire, del agua y del suelo. Sin embargo, no siempre la naturaleza ha sido integrada eficazmente a las explicaciones del pasado. Y esto se debe a que los historiadores y las historiadoras a menudo sienten un justificado temor a ser acusados de deterministas.

En términos generales, el determinismo consiste en dar una respuesta unidimensional (la ambiental) a la diversidad de las sociedades. El determinismo establece relaciones causales directas y mecánicas entre elementos tales como la geología, el clima, la altitud y otras variables para explicar el comportamiento de una comunidad. Ha estado siempre más ligado a la Geografía que a la Historia, comenzando con Estrabón (63 a.C. - 19 d.C.). Pero sobre todo, este tipo de determinismo se relaciona con el geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904). La mala fama está asociada con que sus principales ideas fueron tomadas por el nacional-socialismo para justificar su política expansiva del “espacio vital”, con las consecuencias que eso trajo para millones de europeos. Dado este antecedente nazi, es comprensible que todos busquen alejarse de cualquier sospecha de determinismo geográfico.

Pero hay posturas más mesuradas. Un ejemplo es la Ecología Cultural para la cual las diferentes culturas son respuestas más o menos exitosas a los desafíos de sus entornos naturales. En su versión más equilibrada, Julian Steward (1902-1972) avanzó con la idea de que el ambiente natural puede verse como una causa y como algo dado, ante lo cual la cultura respondería creativamente. Por eso, cada sociedad encontraría una solución diferente a los retos de similares entornos naturales (para una biografía de Steward, ver [www.mnsu.edu/emuseum](http://www.mnsu.edu/emuseum)).



Los más antiguos textos de nuestra tradición occidental sobre la relación entre Historia y naturaleza se remontan a los griegos clásicos. A veces hubo un acentuado determinismo a la hora de brindar explicaciones causales. Con sorprendente simpleza e ingenuidad, Hipócrates (459-377 a.C.), señaló que "las pequeñas variaciones del clima a que los asiáticos están sujetos, sin extremos de calor ni de frío, explican su debilidad mental al igual que su cobardía. Son menos belicosos que los europeos y dóciles de espíritu" (cit. Arnold 2001: 22).

Por su parte Herodoto (490-420 a.C.) en Los Nueve Libros de la Historia describió a Egipto como un país maravilloso "tanto por razón de su clima, tan diferente de los demás, como por su río, cuyas propiedades tanto le distinguen de cualquier otros". Debido a esta condición geográfica, Herodoto creía que "distan los egipcios enteramente de los demás pueblos en leyes, usos y costumbres" y a continuación se sorprendió porque "allí son las mujeres las que venden, compran, negocian públicamente, y los hombres hilan, cosen y tejen (...) allí los hombres llevan la carga en la cabeza y las mujeres en los hombros. Las mujeres orinan de pie; los hombres se sientan para ello. Para sus necesidades se retiran a sus casas y salen de ellas comiendo por las calles, dando por razón que lo indecoroso, por necesario que sea, debe hacerse a escondidas y que puede hacerse a las claras cualquier cosa diferente" (Herodoto 1947: 126).

Asociar las condiciones ambientales con determinados comportamientos y elementos culturales continuó por un largo tiempo. En la Ilustración del siglo XVIII, Montesquieu (1689-1755) en *El Espíritu de las Leyes* (publicado por primera vez a mediados del siglo XVIII) atribuía a las variables geográficas un peso importante en la estructura organizativa de una sociedad. Veía en el clima asiático -mayormente extremo por las estepas y los desiertos- la causa de sus gobiernos despóticos. Afirmó que Asia había sido el hogar de

grandes imperios debido a su particular geografía, pues Asia tiene llanuras más vastas que Europa; está dividida en masas más grandes por los mares circundantes y como se halla situada más al sur, sus manantiales se secan con más facilidad. Concluía en que si la servidumbre a la que se sometía a los pueblos no fuese extrema, aquel continente se dividiría. Pero Montesquieu no siempre fue un determinista y en más de una oportunidad afirmó que las fuerzas morales y la voluntad humana podían revertir cualquier limitación natural. Como representante de su siglo, el poder de la razón debía siempre estar por encima de cualquier otro elemento.

El Romanticismo del siglo XIX incorporó la naturaleza a las explicaciones del llamado "carácter de los pueblos" o idiosincrasia, exaltando lo autóctono, lo nacional y los paisajes locales, aunque también los viajeros llegaban con sus relatos de paisajes y costumbres exóticas. La pintura, por su parte, reflejó estas propuestas románticas. En las Américas se buscaron asociaciones entre un paisaje local y sus influencias en el surgimiento de un cierto espíritu o alma nacional. De esta manera, el ambiente adquirió un rol decisivo en la formación de una supuesta personalidad colectiva y en el carácter de los tempranos Estados nacionales. Veamos un par de ejemplos.

En Argentina, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) concluyó en que el espíritu argentino, representado en el gaucho, tenía las marcas internas dejadas por la naturaleza, por la inmensidad de las pampas. El primer capítulo de su libro *Facundo*, publicado en 1845, se tituló "Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra". Con poético convencimiento, Sarmiento declamó:

"¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada? Porque cuando más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja,





más se fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá que no ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto. De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza" (Sarmiento 1940: 36).

De manera similar, el norteamericano Frederick Jackson Turner (1861-1932) –autor de la discutida “frontier thesis”– consideró que la pulsión a expandirse de la sociedad estadounidense provenía de la existencia de la frontera hacia el oeste. Esa frontera había sido un espacio abierto al descubrimiento, llamando a los pioneros y a los emprendedores. De allí había surgido ese espíritu de libertad y de libre empresa e iniciativa. La frontera era la metáfora de América como el país de las posibilidades de éxito y prosperidad para todo aquel que, como los pioneros, tuviese el empeño y el dinamismo de lanzarse a conquistar lo desconocido, lo que quedaba allende esa frontera. El hecho geográfico de una frontera, que se concebía como una puerta hacia un gran espacio disponible para su conquista, había consolidado valores colectivos para la pujante nación (Turner 1961). En sus palabras:

“El resultado es que el intelecto americano le debe a la frontera sus salientes características. La dureza y la fuerza combinadas con la precisión y la habilidad inquisitiva, los giros mentales de la invención práctica, la rapidez para encontrar soluciones, lo que hábilmente puede materializarse, faltándole el toque artístico pero poderoso para alcanzar grandes metas, la incansable energía, el dominante individualismo, trabajando para bien o para mal, y la exuberancia que acompaña la libertad, todas éstas son las huellas de la libertad, o las huellas de cualquier otra

cosa que allí estaba, pero porque estaba la frontera” (cit. Klein 1999).

La tesis de Turner ha sido sometida a críticas severas y contrastaciones con casos empíricos que muestran que no solamente la expansión de la frontera hacia el oeste influyó en la conformación de la sociedad, sino también la inmigración, la industrialización, las participaciones en las guerras y otros sucesos. No es tampoco ésta la única crítica, pero las ideas de Turner nos ejemplifican la postura de la primera mitad del siglo XIX que relacionó al ambiente con el surgimiento de un prototipo –mítico– de lo que sería el “espíritu” o la idiosincrasia de un Estadonacional.

La supuesta unicidad del paisaje local para conferirle identidad a las Américas tenía poco de novedad. Tres siglos antes, durante el descubrimiento y la expansión europea, los relatos de los conquistadores habían abundado en referencias a entornos naturales de belleza y riquezas incomparables. Un ejemplo extremo de naturaleza exaltada al punto de hacerla una fantasía, sin correlación con la realidad, es Florida. Su clima cálido y húmedo, sus tormentas y huracanes, sus numerosos pantanos difíciles de atravesar y hábitat de insectos y reptiles –además de los nativos– habían hecho fracasar, una tras otra, las tentativas de colonización efectiva. Sin embargo, todavía en el siglo XVII Florida era descrita por Antonio de Herrera (1601) como una tierra de bosques y pasturas de clima frío, cuyos abundantes frutos podían sostener cómodamente la vida humana. Y en 1670 el inglés Richard Blome refería una naturaleza pródiga en comida y, en contra de toda evidencia acumulada, agregaba la existencia de minas de oro y plata. A nivel de práctica histórica, la pregunta es ¿cómo considerar esos relatos como documentos para la Historia ambiental? En 1992 William Denevan advirtió en “The Pristine Myth: The Landscape of the Americas in 1492” que la naturaleza descrita por los primeros europeos como virgen, salvaje y



parecida al paraíso terrenal constituía una ficción, pues la naturaleza había estado siempre intervenida e interferida por las acciones humanas, empezando por los siglos de ocupación indígena previa a la llegada de los conquistadores.

Sin embargo, las imágenes de una naturaleza impoluta han tenido una larga vida. Una de las facetas contemporáneas ha propiciado comunidades nativas cuyos comportamientos serían modelos de prácticas ecológicas en cuanto a preservación y armonía. El documentado libro de *The Ecological Indian. Myth and History*, de Shepard Krech III derribó ese mito de un indio ecológico en medio de una feroz polémica a la que nos referiremos más adelante.

Finalmente en este recuento de la tradición occidental debemos considerar la influencia del pensamiento judeo-cristiano. Una interpretación del Génesis dice que el hombre fue llamado a reproducirse y a controlar a la naturaleza para aprovecharla en su beneficio. La historia mostraría así el curso de ese dominio, donde la ciencia y la tecnología habrían ido aumentando la capacidad de domesticar a las fuerzas naturales y ponerlas al servicio de satisfacer las necesidades del consumo humano. En contraposición, otra interpretación dice que la naturaleza no fue puesta al servicio del hombre sino al cuidado del hombre. La historia en este caso debería mostrar cuán bien o cuán mal se ha cumplido con este mandato bíblico. Para este debate hay que consultar a Lynn T. White (1907-1987), un experto en tecnología medieval, quien remontó los orígenes de la crisis ecológica actual a algunos desarrollos en la Edad Media que pusieron las bases de la futura Revolución Industrial. Su principal obra es *Medieval Technology and Social Change*, aunque publicó sus conclusiones en 1967 en la revista *Science*, en un polémico artículo que traducido al castellano sería "Sobre las raíces históricas de nuestra crisis ecológica". Como una loable excepción a la arrogante postura occidental

frente al entorno natural, White rescataba a San Francisco de Asís, por haber sido el impulsor de una noción de igualdad entre todas las criaturas y, de este modo, propiciar la mayordomía y responsabilidad humana en el cuidado y la protección del ambiente (el artículo completo está disponible en Internet).

## Debates del siglo XX

Dadas las numerosas polémicas, ¿cuál es la mejor forma de incorporar los elementos que están relacionados con el ambiente a las demás interpretaciones sobre el pasado, sin por ello caer en determinismos ni simplificaciones? La Historia ambiental debe ser una propuesta basada en la aceptación de que los recursos naturales, su disponibilidad y su distribución, están en la base misma de las necesidades materiales de sostener nuestras vidas (Crosby 1995). Esa propuesta tiene parte de la herencia del marxismo, pero del marxismo despojado de lo más nocivo del determinismo material en su búsqueda de leyes históricas. Asimismo, aceptar la agencia de la naturaleza para interpretar el pasado debe hacerse con el mismo cuidado con que se considera una guerra, un nuevo sistema económico o una reforma religiosa (Gascón 2005).

Esta postura aparecía ya en la Escuela de los Anales. En 1949 Fernand Braudel colocó al Mediterráneo como eje de la explicación de la época de Felipe II, comenzando su libro con ese mar y su entorno como actores de la *long durée*. Sin temor, Braudel proclamó que el hombre había sido "prisionero del clima, de la vegetación, de la población animal, de cierta agricultura" y de un "tiempo geográfico" que posibilitaba una Historia en torno a las montañas y a las llanuras, a las estaciones y al clima, a las epidemias y a los ciclos de la naturaleza (Arnold 2001: 44).

Las siguientes generaciones de historiadores de los Anales pudieron acentuar el rol de



la naturaleza en la evolución de las sociedades, sin temer ser expulsados del campo profesional con la acusación de ser deterministas. Emanuel Le Roy Ladurie sentó las bases metodológicas para el análisis de datos seriados que permitían asociar fluctuaciones climáticas con ciclos rurales, y así, con otros comportamientos colectivos. Convincentemente reconstruyó el mundo campesino del Languedoc en los siglos XV, XVI y XVII con la trilogía maldita de las pestes, el hambre y la guerra. Estos tres elementos asolaron a las sociedades del Antiguo Régimen y, por eso mismo, los tres fueron retratados como los jinetes del Apocalipsis por los principales maestros de la época: Alberto Durero (1498); Lucas Cranach (1522) y Mattheus Merian (1630).

En términos generales se puede afirmar que la producción historiográfica puede o bien a estudiar la influencia de los factores ambientales en las sociedades o bien estudiar los impactos de las acciones humanas sobre los ecosistemas (Hughes 2006). Nosotros vamos a analizar la historiografía dentro de tres grandes vertientes que, a menudo, se entrecruzan: colonialismo e imperialismo, leyes e instituciones y percepciones e ideas..

La primera vertiente se refiere al análisis del colonialismo y del imperialismo, como ya anunciamos. La obra de mayor referencia consiste en los tres tomos de *The Modern World-System* de Immanuel Wallerstein, publicados entre 1974 y 1989. Las investigaciones muestran los efectos de la expansión de Europa a partir del siglo XV, lo que llevó a una explotación crecientemente intensa de los recursos. Eso a su vez alteró las relaciones de las sociedades con sus entornos naturales y de los hombres entre sí. En México, por ejemplo, el acceso al agua en las regiones áridas produjo agudas tensiones. (Meyer 1984, Lipsett-Rivera 1999). Desde el siglo XIX, la industrialización (y más recientemente, la globalización como una etapa del capitalismo) propiciaron análisis que deben catalogarse dentro de esta primera vertiente.

Ponting especificó lo que el ambiente ha padecido bajo la presión de las demandas de las diferentes sociedades, a lo largo del tiempo y a lo ancho del planeta, incluso sociedades no-capitalistas y con tecnología simple destruyeron sus ecosistemas y, a la larga, terminaron destruyéndose a sí mismas. Un caso emblemático es la deforestación de la Isla de Pascua. Según Ponting, la urbanización y contaminación actual están provocando trastornos ambientales rápidos y probablemente irreversibles debido a la enorme inercia que tienen los procesos naturales. (Ponting 1993).

Desde un enfoque arqueológico, Charles Redman apoyó esas conclusiones. Redman señaló registros de cambios dramáticos y de deterioro del hábitat en el pasado, al punto de cancelar las posibilidades de reproducción social y de supervivencia de culturas (Redman 1999). El libro de Jared Diamond, *Guns, Germs and Steel* (Premio Pulitzer en 1998) contribuyó a popularizar ese conocimiento científico sobre la evidencia de manejos incorrectos de ecosistemas que se pagaron en las dificultades de sustentabilidad.

La segunda vertiente ha considerado el rol del Estado-nación siguiendo la evolución de las leyes e instituciones, porque conforman marcos reguladores para las relaciones que las sociedades establecen con sus ambientes. Las leyes, además, se basan en el estado del conocimiento científico y tecnológico. En este sentido, puede resultar interesante un desvío hacia un planteo efectuado por el profesor emérito Morry Adelman, del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Adelman advierte sobre los pronósticos de riesgo de agotamiento de las fuentes del petróleo. Según este economista, tales pronósticos han sido y son erróneos por basarse en estimaciones hechas en un momento específico sobre la base de tres variables: 1) el estado en que se encuentran las exploraciones de las cuencas de gas y petróleo, 2) las formas de extracción y la tecnología disponible para acceder a esas cuencas y 3) los





niveles de consumo de esas energías por parte de la población. Es evidente que las tres son variables, esto es, han cambiado y pueden seguir cambiando, alterando de esta forma los pronósticos hasta el punto de hacer enteramente erróneo un cálculo actual sobre el cual se puedan basar políticas, leyes e instituciones (Adelman 2004).

Esto hace del análisis del rol de la comunidad científica un campo atractivo para la Historia ambiental. Varios de los primeros activistas fueron científicos de primer nivel, que además influyeron en la formulación de leyes y en la creación de instituciones. Algunas historias son conocidas, como la de Rachel Carson (1907-1964), en cuyo libro *Silent Spring* (La Primavera Silenciosa) de 1962 se documentó cuidadosamente los efectos cancerígenos de los pesticidas y de la contaminación. Su lucha por la restricción finalmente concluyó en la prohibición legal del uso de algunos potentes químicos. Carson ha sido rescatada también como un icono del llamado eco-feminismo, una corriente que acentúa la diferencia de género en las actitudes frente a la naturaleza. La postura masculina acentuaría la dominación a través del conocimiento y la tecnología y la postura femenina buscaría la protección y la armonía.

Samuel Hays (1783-1868) fue otro pionero, para quien el historiador podía estudiar el rol de los medios de comunicación, de los símbolos y los mitos, del estado del conocimiento y de los valores referidos a elementos tan vitales como un bosque, como el agua de los ríos y lagos, y como la tierra y el aire. Esos bienes naturales debían ponerse en los contornos sociales tales como las presiones del electorado y del rol de los medios de comunicación para ver cómo se había producido la legislación de las denominadas Clean Act (Hays 1998). Hays participó en el Sierra Club, que es la más activa ONG conservacionista de la costa oeste fundada por el naturalista John Muir (1938-1914).

De forma similar, académico y activista fue el historiador ambiental “profundo” Roderick Nash, de la Universidad de California en Santa Bárbara. Con más de 150 artículos y varios libros, constituye un referente obligado de la producción anglófona cuyo libro principal fue escrito en 1967 en colaboración con Gregory Graves (*From These Beginnings: A Biographical Approach to American History*). Esta obra es un ejemplo de cómo analizar las diferentes actitudes hacia el ambiente en los Estados Unidos, desde sus raíces europeas hasta el siglo XX.

El enfoque legislativo e institucional tiene críticas convincentes. Se ha señalado que se limita a lo que ocurre dentro de un Estado-nación y que eso influye en la comprensión del ambiente y de los ecosistemas que carecen de límites políticos y jurisdiccionales. Esto es más cierto todavía en la discusión actual sobre el calentamiento global y el cambio climático. Desde el Protocolo de Kyoto y la convocatoria realizada en 2006 por Naciones Unidas, hay pocas dudas de la necesidad de una legislación internacional acordada y homologada por los diferentes países (Intergovernmental Panel on Climate Change, IPCC 2007, ver documentos online).

La condición de una escala ampliada para considerar los impactos ambientales no es tampoco enteramente nueva. Ya había sido promovida por Alfred Crosby en 1986. En su *Ecological Imperialism* Crosby concluyó en que los europeos fueron exitosos imperialistas en la medida en que lograron introducir sus plantas y animales a todos los lugares donde se instalaron, pero ello a costa muchas veces de la destrucción de las poblaciones nativas. En estos estudios se incluyen los impactos demográficos de la introducción involuntaria de los patógenos que llegaron desde Europa y devastaron a las comunidades nativas mucho antes de que lo hicieran los conquistadores en persona. Eso debilitó la resistencia indígena, siendo parte de la explicación causal del rápido éxito que tuvo la conquista española en los poderosos impe-



rios azteca e inca. A su vez, el cambio demográfico tuvo consecuencias en los siglos siguientes por la introducción de millones de esclavos africanos, lo que repercutiría en ámbitos variados, desde la economía, las leyes y las instituciones, al arte y la religión (Cook y Borah 1960).

Finalmente, la tercera vertiente es sobre las percepciones y las ideas de la naturaleza que una sociedad tiene en un momento determinado, pues estas percepciones e ideas están en las bases mismas de nuestras acciones (Coates 1998). En otras palabras, las percepciones, ideologías, mitos han formado parte del diálogo que los individuos y las sociedades han tenido y tienen con la naturaleza (Worster 1993: 49). Tanto la ciencia, la tecnología o la religión, como el capitalismo en su formato turístico asociado al conservacionismo arman una amplia agenda de investigación histórica e interdisciplinaria sobre percepción y representación de los entornos naturales (McNeill 2005).

La vertiente es polémica. Algunos han mirado al pasado y a las sociedades con tecnologías simples en busca de armonías entre sociedad y ambiente (Collnson 1997). Otros han desconfiado de la postal rosa de los ecoindios popularizada por los medios de comunicación. Ya citamos la obra de Krech donde denuncia las fantasías de armonías cósmicas entre indígenas y naturaleza. Toma cuatro casos para demostrar el mal uso del fuego que hacían los indios, la caza indiscriminada del búfalo y del ciervo y el devastador efecto del comercio de pieles. Así critica la imagen de los ecoindios, a quienes se presenta en un rol de "proteccionistas". Krech dice que tal actitud olvida que ellos también necesitaron satisfacer sus necesidades o que tienen debilidades como permitir desechos tóxicos en sus reservas (Krech 1999).

Sobre el final de este balance, una inquietud queda pendiente. Se trata de la posibilidad de que la Historia ambiental permita establecer puentes entre la Historia y las ciencias naturales. Para los historiadores, por

ejemplo, entender las fluctuaciones en la economía a partir de los datos de procedimientos tales como la dendrocronología (análisis de los anillos de los troncos de los árboles) es una posibilidad que ya utilizan. Pero ¿puede transitarse el camino contrario? Esto es, ¿están las ciencias naturales igualmente interesadas en los aportes de la Historia ambiental? ¿O se trata de una relación asimétrica? ¿Es posible un diálogo fructífero?

Donald Worster, profesor en la Universidad de Kansas y autor de *Nature's Economy. A History of Ecological Ideas*, escribió que los historiadores nunca han creído que su labor incluyera tomar en cuenta a la naturaleza ni al lugar de la humanidad en la naturaleza; y tampoco de la cantidad de material que pueden aportar a quienes trabajan en las ciencias naturales. Refiere que, en la reunión de 2003 de la Sociedad Norteamericana de Historiadores Ambientales, el libro de Cronon (*Changes in the Land: Indian, Colonists and the Ecology of New England*) publicado diez años antes, fue evaluado por el ecólogo David Foster, director de la Harvard Forest. Dijo que ese libro ejemplificaba cuánta necesidad tienen los biólogos y ecólogos de conocer la Historia ambiental, que ayudaba a conceptualizar el objeto de estudio y a orientar los esfuerzos de restauración y conservación de los bosques conforme a la evolución de las relaciones entre las sociedades y sus medios naturales. La Historia ambiental así ofrece conocimiento de las ideas y percepciones que permiten entender las bases de los comportamientos juntos con los impactos que una comunidad realiza en su ambiente natural conciente o inconcientemente.

## Conclusión

La Historia ambiental estudia la interacción de la humanidad con su entorno físico. Es la narrativa de lo que ha sucedido con la humanidad en su contexto geológico, meteo-





rológico y biológico. En alguna medida se puede afirmar que siempre ha existido un registro de estas interacciones y que ya Platón había remarcado los efectos de la deforestación de las montañas del Ática. Toda Historia es de alguna manera ambiental, porque refiere cómo la humanidad ha ido ocupando nichos y requiriendo elevados montos de energía para hacerlo (comida, agua, animales de carga y transporte, leña, hidrocarburos). Desde ese punto de vista, este autor ve que la Historia puede contribuir al debate contemporáneo sobre los límites del crecimiento. Ella demostraría que la falta de auto-limitación en el pasado ha sido un inconveniente en los imperios. El capitalismo ha llevado a promover una mentalidad que aprueba la expansión y el crecimiento, vistos como síntomas de progreso tanto de una persona como de un grupo o una nación, y no vistos como una posible degeneración como ocurre con la expansión de las células cancerígenas (Martin 2000).

De los autores y trabajos surge la conclusión de que la naturaleza tiene agencia y que, como dice Hugues, considerada adecuadamente, la naturaleza es la agencia de la Historia. La naturaleza es la fuente de todo poder y no algo que simplemente se acomode a la economía. Es la economía misma. Encierra a todos los esfuerzos humanos y, sin ella, los esfuerzos humanos serían impotentes. Pero a pesar de su importancia, la Historia a menudo fracasa en considerar a la naturaleza en forma acertada. Esto es, incorporar a la naturaleza para añadirle perspectiva a los numerosos enfoques tradicionales sobre las guerras, las actividades diplomáticas, la tecnología, el arte, la economía y las leyes, entre varias otras (Hughes 2006: 16-17).

Por último, los autores ven a la Historia ambiental de utilidad en los debates, procurando ejemplos sobre cómo percepciones erróneas del funcionamiento de la naturaleza o de los ecosistemas fueron catastróficos. Aspectos ambientales que desde un punto de vista fueron “avances” terminaron arruinando sociedades, incluso por motivos inesperados. En el siglo V a.C. la ciudad-estado griega de Camarina en Sicilia decidió drenar un pantano que la rodeaba para mejorar la salud pública. No se habían dado cuenta de que ese pantano era la protección contra sus enemigos y, una vez drenado, el camino estuvo despejado para atacarla, saquearla y esclavizar a sus habitantes.

La Historia ambiental es relativamente nueva, aunque las referencias a temas ambientales son antiguas. Para Herodoto la geografía tenía fuerza explicativa determinante en los comportamientos, del mismo modo que para Hipócrates decidía sobre los temperamentos y salud humana. Mientras que para Montesquieu la naturaleza podía intervenir en el proceso de formación de las leyes, para Sarmiento era la clave para entender el carácter argentino. El interés actual ha seguido de cerca a las preocupaciones de los ecologistas y ambientalistas desde la década de 1960. Y ha seguido también el crecimiento de la conciencia social sobre la importancia del tema. Más allá del interés científico, el debate nos compete éticamente, de modo que incorporar la dimensión ambiental enriquece nuestra comprensión del pasado, pero igual de importante es que aporta ideas para la resolución de los dilemas y conflictos del presente.



## Referencias

- ADELMAN, M.: "The Real Oil Problem", Regulation (Spring 2004), documento online.
- ARNOLD, David: La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa. México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- BRAUDEL, Fernand: El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001 (1º ed. 1953).
- CARSON, Rachel: Silent Spring. New York, Mariner, 2002 (1º ed. 1962).
- COATES, Peter: Nature: Western Attitudes since Ancient Times. Cambridge (GB), Polity Press, 1998.
- COLLNSON, Helen ed.: Green Guerrillas. New York, Black Rose, 1997.
- COOK, Sherburne y Woodrow Borah: The Aboriginal Population of Central Mexico, 1531-1610. Berkeley, University of California Press, 1960.
- CRONON, William: Changes in the Land. Indians, Colonists and the Ecology of New England. New York, Hill and Wang, 1983.
- , ed.: Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature. New York, Norton, 1995.
- CROSBY, Alfred: The Columbian Exchange. Biological & Cultural Consequences of 1492. Ed. 30 Aniversario, Westport, CT: Praeger, 2003.
- "The Past and Present of Environmental History", American Historical Review 100:4 (Octubre 1995), 1177-1190.
- Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900. Cambridge, Cambridge University Press, 1999 (1º ed. 1986).
- DENEVAN, William: "The Pristine Myth: The Landscape of the Americas in 1492", online.
- DIAMOND, Jared: Guns, Germs and Steel. New York, Norton, 1997.
- DIEFENDORF, Jeffry y Kurk Dorsey, ed.: City, country, empire. Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2005.
- GASCON, Margarita, ed.: Vientos, Terremotos, Tsunamis y otras catástrofes naturales. Historia y casos en América Latina. Buenos Aires, Biblos, 2005.
- HAYS, Samuel, ed.: Explorations in Environmental History. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1998.
- HERODOTO: Los Nueve Libros de la Historia. Buenos Aires, Gil, 1947.
- HUGHES, J. Donald: What is Environmental History. New York, Polity, 2006.
- KLEIN, T. Kervin: Frontiers of Historical Imagination. Narrating the European Conquest of Native America, 1890-1990. Berkeley, University of California Press, 1999.
- KRECH, Shepard: The Ecological Indian. Myth and Reality. New York, Norton, 1999.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel: Les Paysans de Languedoc. Paris, SEVPEN, 1966.
- LIPSETT-Rivera, Sonya: To Defend Our Water with the Blood of Our Veins: The Struggle for Resources in Colonial Puebla. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999.
- MARTIN, Tom: Green History. The Future of the Past. University Press of America, 2000.
- MEYER, Michel: Water in the Hispanic Southwest. A Social and Legal History,



- 1550-1850. Tucson, University of Arizona Press, 1984.
- MONTESQUIEU, Charles-Louis de Secondat, Barón de: *El Espíritu de las Leyes*. Buenos Aires, Heliasta, 2005.
- NASH, Roderick y Gregory Graves. *From These Beginnings: A Biographical Approach to American History, Volume II*, 6/e. Addison-Wesley, 1995.
- McNEILL, John: "Naturaleza y cultura de la historia ambiental", *Nómadas* 22 (Bogotá 2005), 12-25.
- PONTING, Clive: *The Green History of the World. The Environment and the Collapse of Great Civilizations*. New York, Penguin, 1993.
- REDMAN, Charles: *Human Impacts on The Ancient Environments*. Tucson, University of Arizona Press, 1999.
- SARMIENTO, Domingo Faustino: *Facundo*. Buenos Aires, Tor, 1940.
- TURNER, Frederick Jackson: *Frontier and Section. Selected Essays of Frederick Jackson Turner*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall, 1961.
- WHITE, Lynn T.: *Medieval Technology and Social Change*. Oxford, University Press, 1962.
- "The Historical Roots of Our Ecologic Crisis", *Science* 155: 3767 (1967), 1203-1207.
- WORSTER, Donald: *The Wealth of Nature. Environmental History and Ecological Imagination*. New York, University of Oxford Press, 1993.

## Sitios web

[www.naya.com.ar/biblioteca](http://www.naya.com.ar/biblioteca)

[www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros](http://www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros)

[www.ts.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos](http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos)

[www.ipcc.ch](http://www.ipcc.ch)

[www.rachelcarson.org](http://www.rachelcarson.org)

[www.jan.ucc.nau.edu/~alcoze/for398/class/pristinemyth.html](http://www.jan.ucc.nau.edu/~alcoze/for398/class/pristinemyth.html)

[www.web.mit.edu/ceep](http://www.web.mit.edu/ceep)





## **Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5**

**Usted es libre de:**

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

**Bajo las condiciones siguientes:**

- **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador\*.
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

**Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.**

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal,  
la licencia completa la encontrará en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/legalcode>

---

\* Debe incluir claramente el nombre de su autor o autores y el texto “Artículo originalmente publicado en *Entelequia. Revista Interdisciplinar*. Accesible en <<http://www.eumed.net/entelequia>>”.